ACTO REFLEJO

**“Los espejos son exclusivos: se apoderan de las almas en cualquier momento."**

**Silvina Ocampo**

El trabajo está hecho, dijo el Cacique y después cortó. Ni buenas tardes, ni buenas noches, ni cómo está. Solo dijo eso, y lo dijo con esa voz áspera y grave que tiene: el trabajo está hecho. Y esas palabras tenían un solo significado: había que pagarle.

Salí del Ministerio lo más rápido que pude, Carlos, mi chofer de siempre, ya estaba con el auto listo. A la oficina de la calle San José, le dije seco y cortante. Carlos sabe que no debe preguntar nada cuando estoy con ese humor y menos cuando voy a mi oficina privada, que no muchos conocen. En el viaje pensé que quizás era el momento de evaluar seriamente cambiar la rutina que tenía con el Cacique, hace demasiados años que nos encontramos allí.

Esperé tranquilo, de pie mirando por la ventana hacia la avenida, con un vaso de whisky en las manos. Cerca de las diez de la noche Carlos me avisó que el Cacique había llegado. A las diez en punto su metro noventa y cinco atravesó la puerta de entrada.

Sientesé Cacique, le dije señalándole una silla, mientras me dirigía hacia el escritorio. Abrí uno de sus cajones con llave y saqué un sobre grande color madera, que tenía preparado, doblado y ajustado con una banda elástica y se lo di. El Cacique sacó la bandita, se la puso en la muñeca de la mano derecha, abrió el sobre y miró su abultado contenido, después lo volvió a cerrar tal y como estaba para guardarlo en el bolsillo interno del sobretodo inglés que tenía puesto.

¿No va a contarlo?, le dije. Me miró tranquilo, se tomó unos segundos para decirme: Yo no trabajo con gente a la que le tengo que contar la plata cuando me paga.

Volvi hacia la ventana a mirar la avenida. Está bien, Cacique, está bien, le contesté, como usted quiera. La plata se hizo para contarla, pero si usted no quiere… ¿Dejó todo en orden?. Sí, claro, como siempre, por eso me contrata, ya tiene mi número, cualquier cosa me llama, dijo el Cacique, mientras se ponía de pie, dando por terminada la visita. Sin que su rostro aindiado hiciera ningún gesto, metió la mano en el bolsillo del sobretodo y puso sobre el escritorio el pedazo de espejo irregularmente rectangular, envuelto en la tela negra. ¿No va a mirarlo?, me dijo. El que lo miró y se tomó unos segundos fui yo para decirle: No hace falta, yo tampoco trabajo con gente que no le tengo confianza o hay que decirle dos veces lo que tiene que hacer.

El Cacique se dio media vuelta y encaro hacia la puerta de salida, mientras le veía la espalda, pensé: Qué hijo de puta, toda la guita que se lleva y no debe haber tardado más de dos horas en hacer el laburo. Si no fuera por mí todavía estaría en el medio de la selva comiendo ramas como los monos.

El Cacique antes de salir y aun con el picaporte en la mano se dio vuelta, se sacó los lentes oscuros y mirándome con ese único ojo sano que tiene me dijo muy suelto de cuerpo: si le molesta lo que le cobro, la próxima puede hacer el trabajo usted mismo. De mi parte no hay ningún problema.

No me gusto para nada la respuesta, pensé algo así como: ¿Qué? ahora también adivina el pensamiento, ¿cómo mierda sabe?, cómo mierda. Casualidad, eso, nada más que casualidad, no me tengo que sugestionar, para nada. Quizás hice algún gesto de fastidio cuando le pasé el sobre y me cazó al vuelo. Pero me guarde mis dudas y dije: No para nada Cacique, usted tiene algo que no abunda en la gente y eso vale. Y yo se reconocer al talento cuando lo veo. Por eso lo traje conmigo cuando me vine para la Capital, hace ya … ¿Cuántos años hace que nos conocemos, Cacique?. Diez, me contesto. Este es el último, agrego. ¿El ultimo?, el ultimo qué, pregunte. El último año de los diez que le prometí que trabajaría para usted. Yo siempre cumplo mis promesas. Piense bien, el próximo trabajo es el último. Después me vuelvo a mi tierra. Y no se preocupe por el precio, le voy a hacer un descuento. Cerró la puerta y desapareció de mi vista, me pareció verle una mueca que se parecía en algo a una sonrisa.

Cuando Carlos me confirmó que el Cacique salió del edifico, tome el pequeño espejo y con cuidado que no se salga la tela, lo guarde en la caja fuerte que está empotrada en la pared, oculta por el cuadro. Mire mi cosecha de todos estos años, debería tener guardados allí más de treinta espejos, prolijamente acomodados boca abajo y envueltos con la tela color negro. Cerré la puerta de la caja, volví a acomodar el cuadro, termine el whisky y me fui a casa bastante satisfecho.

En las semanas posteriores a la visita del Cacique, mi situación se complicó, abundaron las denuncias penales de todo tipo. El tiempo electoral había empezado y tenía que darme prisa si quería candidatearme, cerrar algunas roscas políticas de esas que nunca faltan y terminar de abrochar algunos temas pendientes. Elegir el próximo nombre para darle al Cacique no era nada fácil, demasiados enemigos declarados y muchos más potenciales, que sería todo un gusto, poder sacarlos del medio. Además, y no era un tema menor, no podía darme el lujo de que el Cacique dejara de trabajar bajo mis órdenes. No en este momento.

Al fin decidí poner toda la carne a la parrilla e ir a fondo, saltar etapas y apuntar al hombre más alto de la pirámide de poder. Si realmente era el último trabajo del Cacique, si fracasaba todos mis intentos de retenerlo, bueno, por lo menos tendría el camino libre por los próximos tres o cuatro años. Después vería.

Lo llame. Él ya conocía el procedimiento. A las diez de la noche llego a mi oficina privada. Le di la carpeta con toda la información del sujeto en cuestión, como siempre. La abrió y solo dijo. Va a ser un poco difícil, quizás me lleve un poco más de tiempo. Imposible Cacique, este trabajo tiene que ser rápido, las elecciones son en dos meses y usted aun trabaja para mí. Le dije sin dejarle alternativa. No dijo nada, solo cerró la carpeta y con un “le aviso” se fue de la oficina.

Hoy me llamo. El trabajo está hecho, volvió a repetir y la rutina se ejecutó de nuevo. Auto, oficina, espera, whisky. A las diez de la noche entro a la oficina, miro el sobre que le entregué, lo guardó y después puso sobre el escritorio el trozo de espejo envuelto en la tela negra. Lo mire fijamente, sin hablar, dándole la oportunidad que él diga algo. Ante su silencio no me aguanté y le dije: usted me dijo que por ser el último me iba a hacer un descuento. Eso es verdad, me contestó, pero el encargo que me hizo no fue nada fácil, todo lo contrario. Yo no olvido ni soy desagradecido, pero el trabajo es el trabajo. En lugar de hacerle un descuento, le doy una yapa, tómelo como regalo de despedida. Y puso sobre el escritorio otro trozo de espejo cubierto por una tela negra. Ya es tiempo que lo tenga usted, yo lo tengo desde hace muchos años, dijo. Saludo, se levantó y se fue.

En ese momento no sabía que nunca más lo volvería a ver. Esperé que saliera por la puerta para guardar los espejos en la caja fuerte. Esa vez si no pude aguantar la tentación y antes de guardar el segundo, el que el Cacique me regalo, le saque la tela negra que cubría el vidrio espejado para verlo. En un trozo de diez por quince centímetros la imagen de mi rostro se reflejaba con asombro.

Autor: Martillo Español